

## SALVAMENTO DE NAUFRAGOS

Por el dramático interés que encierra este heroico episodio marino, lo reproducimos para nuestros lectores; ya que al mismo tiempo aparece de relieve la caridad decidida con que unos jóvenes estudiantes del sacerdocio supieron auxiliar aun corporalmente a quienes luchaban entrel a vida y la muerte. El relato pareciera arrancado de las páginas de alguna novela de aquel gran novelador de las tragedias del Cantábrico, el insigne montañés Pereda.

Una de las muchas tragedias que este invierno viene ofreciendo el Cantábrico. Pero los marinos del "Lealtad", velero de dos mástiles, 96 toneladas y matrícula de Corcubión, no parece lo habían temido hasta que lo vieron por dentro. Juan Martínez López, de 35 años, patrón; Alfonso Martínez López, de 25 años y hermano de Juan, Perfecto Pérez que acababa de cumplir 26 años la misma noche de la tragedia, Ramón Avelleira Martínez, de 14 años era la mascota del buque. Llevaba sólo 7 meses navegando. Todos ellos de Corcubión. La Coruña, y Luis Tuvío Filgueira, 34 años, y natural de Hoya Todos salieron del Musel con cargamento de carbón para el puerto de Vigo. El mar les iba dificultando la marcha. No llevaban ningún motor. Todo corría por las velas. Cuando llegaron a Estaca de Vares, el Atlántico les negó en seco la entrada. Eran murallas de agua las que venían. Anclaron en la rada y esperaron varios días mar tranquila. Espera inútil. El día 27 sábado, a las 10 de la mañana, un golpe formidable les rompe las tensas amarras y el velero "Lealtad" comenzó el galope de su tragedia. No se podía pensar sino en un puerto: Gijón. Si lograban fondear allí se salvarían. Si no... Sin motor no podían pensar en otro puerto.

Y Juan se clavó al timón para 27 horas. El oleaje a veces los levantaba por debajo, asomándolos al mar, y otras los tiraba por el suelo. El viento silbando entre las jarcias, rasgó la vela nuevecita de 15 000 pesetas y siguió el destrozo con las otras siete restantes. Anochece. Pero el huracán se levanta más formidable.

Sienten a Gijón ya cerca y Juan se dispone a morir con tal de fondear en el Musel. Noche cerrada. Viento, agua gruesa de mar y hundirse del velero. Son ya las 10. ¡Gijón! ¡Orza a estribor! ¡Más! El "Lealtad" no obedece. El timón está en ángulo cerrado y la proa no entila el Musel. ¡Orza más! Inútil. El velero bailotea entre los bandazos. La angustia se clava en los corazones. Un último recurso: ¡al bote! Pero en cuanto asoma sobre el mar, una ola. —parecía esperarlo—, lo estrella contra la banda, le rompe la proa y lastima seriamente la pierna de Luis Tuvío, que estuvo a punto de caer y desaparecer. El bote queda inservible. Aquellos hombres bajaron sus cabezas y se dejaron arrastrar alocadamente por el velero. ¡Adiós, Gijón iluminado, símbolo de la vida que se escapa! A los pocos segundos estaban en la obscuridad de la galerna. Fué entonces cuando se convencieron que iban a morir.

El "Lealtad" seguía su marcha por la costa negra. Rivadesella, Tina Mayor, San Vicente... faros de luz, pero entonces cirios que presagiaban una catástrofe en las rocas. Noche de huracán. Juan Martínez seguía al timón luchando por no ser sorprendido. Luis Tuvío se revolvía en su camastro, imposibilitado de ayudar y defenderse de los bandazos. Alfonso y Perfecto luchaban en cubierta, atenazados a los cables. Y la mascota, Moncho, se acurrucaba en la cocina, llena de agua y saliendo a más no poder para iluminar con su linterna la catástrofe de cubierta. El agua barria y el frío se clavaba en las carnes. Noche horrible. En tierra el vendabal había roto

ventanas y cristales, ahuyentando el sueño de muchos párpados que se levantaron a la Virgen del Carmen. Y del "Lealtad" también llegó al cielo la promesa de una misa a la Virgen de los pescadores que se iba a apiadar de ellos.

Amanecer frío y gris el domingo 28 de enero. Comillas. Cabo Oyambre. Desde la altura del Colegio Máximo de los PP. Jesuítas, unos cuantos estudiantes, apóstoles del mar entre los pescadores, siguen con catalejos la lucha del velero, que al fin entra por la playa de Oyambre, donde inesperadamente logra el patrón hundir la proa en la arena. Le quedaba al barco una hora de flotación dada el agua que llevaba y hacía. En esos momentos llegaba gente al salvamento y tres jesuítas, un sacerdote de Valladolid, P. Arroyo, y dos estudiantes también jesuítas, de Galicia: PP. Freijedo Salvador y Hervada. La gente llegaba con angustia: "¿Vivía la tripulación?" Sólo veíamos de momento las olas como murallas que entraban por la popa, tapaban el barco y salían por la proa, dejando cataratas de agua que salían por los costados. Una voz apareció tras una trémula mano que hacía señales. ¡Vivían! Momentos de angustia cruel: el oleaje levantaba el velero queriéndoselo llevar de nuevo a alta mar. Se balanceaba Pero la marea iba bajando. Un barril y medio de aceite que echaron por popa, impidieron que las olas rompieran sobre el barco debilitado. Siguió bajando la marea. Las olas ya no cubrían el barco.

Fué el momento en que apareció por cubierta Perfecto Pérez y apareció un cable que cayó al mar en un cajón de botellas de sidra. Nuestros ojos se clavaron en el mar y el cajón no aparecía. La resaca, la corriente y el oleaje y el peso del cable, no se lo permitían. Por fin apareció lejos. Perfecto tensó y lo recogió. Fué cuando el patrón echó un salvavidas que los que estábamos cerca ni siquiera vimos. Perfecto anunció un segundo cable y nos enseñó un garrafón que echó al agua. El oleaje lo zarrandeaba, pero al fin, metiéndose unos cuantos dentro del agua, logramos cogerlo y traerlo a la playa. Pero al tirar se rompió la cuerda. La resaca se clavaba en la arena. Quisimos devolver el garrafón a bordo para que nos enviasen otro cable, pero a pesar de acercarnos lo más posible para que no nos llevase la corriente, no logramos dirigirlo hasta el buque. Hubo que esperar largo rato

empapados de agua. La marea seguía bajando. Por fin nos acercamos más a la proa. Nos podemos ya entender a pesar del ruido del oleaje y el viento fuerte. Pedimos nos lancen a mano una cuerda. El mismo marino de antes, en un supremo esfuerzo repetido, nos lanza una que cae muy cerca, la recogemos, pero es tan corta que precipitadamente debemos atarla a la anterior rota antes de que llegue el nuevo oleaje que al fin nos cogió bastante seguros para no arastrarnos. Detrás de la cuerda vino la maroma que los hombres tensaron tirando desde la playa. Fué el momento en que dos valientes, esquivando el oleaje treparon al velero por las jarcias de proa y dieron ánimos a aquellos hombres, amaratados de tanto sufrir e incapaces ya de hacer nada.

Empezó el salvamento. El primero en bajar fué Perfecto que recogimos debajo de proa y agarrados al cable y lo llevamos aterido hasta la playa. En este momento tres muchachos y un estudiante jesuíta, imposibilitados ya por el frío, por el largo rato dentro del agua vestidos, acompañaron a Perfecto a un saloncito del Golf de Oyambre. Los otros dos jesuítas, con otro hombre, se acercaron más a proa, donde no se hacía pie y la resaca y corriente era peligrosa. Hubo momentos de angustia el P. Arroyo desapareció debajo del oleaje, pero salió a tiempo para agarrarse al cable y ser providencial para otros dos valientes muchachos que se habían acercado. A uno de ellos se lo llevó la corriente pegado al costado del buque y el otro se lanzó heroicamente detrás. En momento oportuno el P. Arroyo les lanzó una cuerda y los trajo a seguro. El P. Salvador Freijedo bajaba los naufragos ayudando con una mano y sosteniéndose con la otra. Moncho cayó casi a plomo y la mano robusta lo recogió por debajo y lo sacó a flote. Fueron bajando todos mejor o peor, y el último fué el patrón.

Fueron conducidos al salón del Golf y se les reanimó. El Alcalde llegaba entonces y con el ayudante de Marina de San Vicente se hicieron cargo de los naufragos, que fueron hospitalizados en Comillas. Fuera de la pierna lastimada de Luis Tuvío, no era más que agotamiento de muerte y frío glacial en el cuerpo. La Guardia Civil vigila el buque deteriorado. Al día siguiente los naufragos fueron obsequiados con cosas útiles en el Colegio Máximo y Universidad de los PP. Jesuítas.